

Taller de Letras ^(ej.) *

BOLETIN DE LOS DOCENTES Y ESTUDIANTES DE LETRAS DE LA UCA

No. 30

21 de mayo de 1983.

Este boletín contiene lo siguiente:

- a) Como un material de apoyo para el Año 2 (letras 2), Area 2, presentamos una panorámica de la literatura rusa.
- b) La introducción al recital poético de Ramón Hernández y un poema suyo leído durante el mediodía cultural del 30 de abril.

PANORAMICA DE LA LITERATURA RUSA.

24 JUL. 1987

Cuando se oye hablar de "literatura rusa" normalmente se hace referencia a ese formidable conjunto de autores que en la segunda mitad del siglo pasado articularon, fundamentalmente a través del género novelístico, una vigorosa crítica contra las condiciones sociales de brutal opresión en que transcurría sus últimos sesenta años el régimen de los zares. "Literatura rusa", pues, es frecuentemente sinónimo de esa novela social que cultivaron hombres como Gogol, Dostoievsky, Turgueniev, Tolstoi, Chejov, etc.

Por otra parte, sin embargo, es evidente que, aunque la literatura rusa sólo empieza a ser conocida masivamente en Occidente a partir de la novela realista -aceptación que en el curso de este siglo se consolidará jalonada por el otorgamiento de varios Premios Nóbel-, su génesis como literatura se remonta por lo menos nueve siglos antes. Así pues, aunque el interés primario de estas notas pretenda focalizarse en la novela realista rusa de la segunda mitad del siglo pasado, conviene echar un vistazo a la panorámica más amplia de la evolución histórica de la literatura rusa, a fin de que aquélla posea un marco contextual que haga posible resaltar adecuadamente sus mejores logros.

Los albores de la literatura rusa señálanse en la poesía popular iniciada en las fiestas llamadas Jorovod y Posidyelki en la Gran Rusia, Dosvitki en la Pequeña Rusia y Supretki en la Rusia Blanca. Se trata de cantos muy sencillos, dramatizados muchas veces, alternando no pocas con bailes y expresando los más variados temas de la vida campestre y doméstica. Han recibido estas composiciones nombres diversos, como pliasovaia, svadébnaiá, koliado--

Hem.

PQ
7081
.A1
T147
SLV
nº 30
E/5

MEMOROTECA
UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA

vaia, etc. En la medida en que estas obras populares adquirieron mayor corrección literaria, se las llamó bylinas. La eflorescencia de esta rica antología popular, que el inglés Richard James recogiera por vez primera en el siglo XVIII, se extiende hasta la época moderna, y puede dividirse en siete grandes ciclos: 1°. el de los antiguos héroes que personifican fuerzas naturales, como Sviatogor, Tugarin y Gorinich; 2°. el de Vladimiro, príncipe de Kiev; 3°. el de Novgorod, con relatos de mercaderes y viajeros; 4°. el de Moscú, con las hazañas de Iván el Terrible; 5°. el de los cósacos, en dialecto pequeño ruso, y referentes a la historia de este pueblo; 6°. el de Pedro el Grande; 7°. el moderno, que engloba principalmente la invasión napoleónica. El valor estético de estas obras es muy diverso, pero en general se distinguen por el sentimiento, la simplicidad y la gracia. Aun en las pequeñas canciones, como El gorrión, La siembra del mijo, El seto, El amor de la esposa y El gorro del del Murmán, brilla un estro poético admirable. Mucho se ha discutido acerca de la procedencia de estas colecciones, creyéndolas unos nacidas en Rusia, al paso que otros las suponen adaptadas de modelos orientales.

También pertenecen al dominio de la literatura popular numerosos poemas religiosos con mezcla de curiosas leyendas, como los Kolyadki, Gadanie, Krasnaya Gorka, Dodola Kupalo y varias otras. Asimismo debe hacerse mención de los curiosísimos skazki o cuentos del pueblo, jocosos unos, trágicos y míticos otros. En estas obritas literarias, como Vasilisa, la Miseria, Lijo, el de un ojo, La bruja y La hermosa del sol, se hallan reminiscencias de temas indoarios.

Junto a estas obras populares de tradición oral se encuentran obras literarias más eruditas, como el Discurso a los hermanos de Teodosio el monje; el Elogio del Príncipe Vladimiro, por Hilarión; el Viaje del igumeno Daniel a Tierra Santa; los sermones de Cirilo, obispo de Turov. En esta última obra aparece claramente la redundancia y énfasis bizantinos en oposición a la sencillez de las demás.

No faltaron tampoco narraciones épicas en prosa, de las cuales puede pasar como modelo la de la Segovo o polcú Igorevi (Historia del regimiento del conde Igor). Al mismo grupo pertenecen la Leyenda del Zar Salomón, Kitovras y muchas otras de origen búlgaro, que constituyen la serie de los autores llamados apócrifos. Así se formó un grupo de romances históricos en prosa, cuyo más acabado ejemplar se guarda en el titulado Zadonchina. Aplicóse a aquéllos el nombre común de skazania, de la que hubo múltiples variantes. Esta vena poética continuó durante el reinado de los primeros Romanov, destacando El sitio de Azóv y Los tiempos revueltos o Smutnoe Vremya. Un lugar aparte merece la obra del desterrado Gregorio Karpov Kotochijín y su Estado de Rusia describiendo admirablemente las costumbres del país, en lo que se acreditó a la vez de buen satírico.

Con Simeón Plotzki, tutor del zar Feodoro, empieza a entrar en Rusia la literatura occidental, que aquél aprendiera a conocer durante su residencia en Polonia. Débense a Polotzki no pocos dramas y poemas religiosos, como El hijo pródigo, Nabucodonosor, La guirnalda de la fe, y otros cómicos, cual El palacio de Kolómenskoe. Con el reinado de Pedro el Grande se incorpora defini

Hem
PA
7081
A. 1
1147

tivamente el país a la cultura europea, aunque no sin enérgica resistencia de los tradicionalistas. El caudillo de éstos fue Esteban Yavorskyi, quien en su Roca de la fe defendió calurosamente las ideas antiguas. Teófanos Procopovich, consejero del zar y conocido también como dramaturgo; Antioco Kantemir, émulo de Boilaeu, se distinguió en el género artístico y en traducciones de clásicos. También destaca Miguel Lomonosov, tan eminente poeta como autor trágico, didáctico y épico. En el reinado de la emperatriz Isabel comenzó ya resueltamente a imperar la imitación francesa con Basilio Trediskovski y su poema Telemajida, y sobre todo con Alejandro Sumarokov, de escasa inspiración, que escribió dramas como Dmitri Samozvanets y otros varios en verso.

En 1756 se inauguró el teatro en San Petersburgo, ya que antes se permitían solamente dramas religiosos como los de Polotzki. Con el advenimiento al trono de Catalina II se inicia un verdadero renacimiento literario y sobre todo poético. Miguel Cheraskov escribió poemas nacionales como la Rossiada y Vladimir, mientras Hipólito Bogdanovich daba al público el hermoso idilio Dúshenka e Iván Jemnitzer se revelaba como ingenioso fabulista. Denis de Visin se daba a conocer como dramaturgo en su obra Nédorosl, impregnada de crítica social. El más grande de los poetas de este período es, sin duda alguna, Gabriel Derzhavin en su Oda a Dios, su Feliza, su Noble y su Toma de Ismail. Como articulista de costumbres se señaló Alejandro Redischev, notable especialmente por su sátira Viaje de San Petersburgo a Moscú.

Si el reinado del emperador Pablo, con su rígida censura y su prohibición de importar libros extranjeros, fue adverso para la literatura, no ocurrió así con el de Alejandro I. Este monarca, liberal e ilustrado, fomentó la cultura intelectual del país, rodeándose de hombres eminentes como el arzobispo Platón, el historiador, poeta y novelista Nicolás Karamzin, el lírico y epistolar Iván Dimitrief. También debe mencionarse al dramaturgo Ozerov, que en su Dmitri Donskoy y su Jaropolk y Oleg eligió temas nacionales. Iván Kriloff se reveló como el más genial de los fabulistas del país, mereciendo el epíteto de el La Fontaine ruso. Con el poeta Basilio Zhukovsky comienza el romanticismo en Rusia gracias a las traducciones inglesas y alemanas. Su obra Otechestvennaia Voina, poema de la guerra contra Napoleón, le hizo muy popular. Entre los traductores de clásicos importa recordar a Gnédich, quien en su versión de la Iliada supo introducir el hexámetro en la poesía rusa. Constantino Batiushkov, aunque malogró su carrera poética, no ha dejado de legarnos atildados poemas, en lo que pueden parangonársele Merzliakov y Tzignof. Ninguno de ellos, en cambio, es capaz de rivalizar con Alejandro Pushkin. Sus obras como El tiro, Pikovaia Dama, La señorita mesonera, El maestro de poetas y La tempestad de nieve, en el género narrativo breve en prosa; su Boris Godunov y su Prisionero del Cáucaso, como poemas; su Hija del capitán, Dubrovski y Eugenio Onieguin, como novelas, pertenecen a la literatura universal. El teatro recibió un poderoso impulso con las comedias de Alejandro Griboyedof, cuya obra maestra es Gore ot uma. Con Iván Koslof renace la poesía lírica rusa, que experimenta el influjo de la extranjera y particularmente la escocesa de Burns, traducida por aquél. Miguel Lermontov se hizo pronto conocer como primoroso poeta lírico en sus Poemas y novelista de primer orden en Un héroe de nuestro tiempo. Alejo Koltzov e Iván Nikitin brillaron por

su inspiración en la poesía lírica, exclusivamente campesina. En la novela merecen citarse Zagoskin y Lajéhicov, el primero en su Juri Milosrlavsky y el último en su Hereje y su Palacio de hielo. En especial destaca la genial figura de Nicolás Gogol, tan genial narrador épico en su Taras Bulba como terrible satírico en sus Almas muertas y su Inspector de gobierno, y fantástico humorista en su Diablo, su Retrato y sus Memoria de un loco. Pueden considerarse como sus sucesores en la novela a Alejandro Herzen, en su ¿Quién es el culpable?; a Iván Goncharov; a Demetrio Grigorovich, en sus Pescadores y sus Emigrantes; a Alejo Pisemsky; a Miguel Saltykov, en sus Señores Golovley; a Feodor Rieshetnikov, la condesa Rostopchin, el príncipe Wysemsky, el conde Sollogub, el novelista histórico Zagoskin y Masalsky. La crítica estuvo representada por Visarion Belinsky. Como satírico brilló por entonces Saltykov-Shedrin. La poesía realista estuvo representada por Nicolás Nekrasov en sus poemas y su celebérrima composición ¿Quién es feliz en Rusia?.

La elegancia de versificación de Pushkin, que imitará felizmente Maykof, fue seguida por Mei, Feth, Stchebrina, Yazikov, la señorita Zhadovskaya, Benediktov, Podolinsky, Tiutchev y Polonsky. Entre tanto, Gregorio Danilewsky se daba a conocer con cuadros de costumbres, históricos unos, como Potemkin en el Danubio, Los monasterios de Rusia, Miroviz y el zar prisionero, Iván Antonovich, y de actualidad otros, como Hacia las Indias, El explorador de Oriente y Una crónica. La novela popular fue cultivada por M. A. Markevich, Alejo Potiékin, G.J. Levitov y N.A. Slepzov. Algunas veces estas obras ilustran poderosamente la etnogafía rusa, como ocurre en las de Leskov y A. Pechersky, cuyas novelas En los bosques y Por las montañas contienen curiosas descripciones de interesantes noticias del proletariado de la capital; Gleb J. Ospenski, N.J. Kostomazov y Alejo Tolstoj, todos novelistas a la vez históricos y populares. La influencia occidental sobre Rusia se deja sentir poderosamente en las obras de Iván Turgueniev, que reseñó sucesivamente todos los tipos y escenas culminantes de la sociedad de su época. Así, trazó fisonomías de fanáticos e iluminados en Una historia inverosímil y Punin y Báburin; de extravagantes y locos, en Un desesperado y El teniente Jergunov; de gente del campo, en Memorias de un cazador; de enamorados y celosos, en Humo y Aguas primaverales; de niños y escolares, en El reloj; de nobles, en Un nido de hidalgos, y de casos patológicos, en Demetrio Rudín. Acusado de extranjerismo en su país por su vida parisiense durante tantos años, es, no obstante, un acabado pintor de costumbres. Contemporáneo de Turgueniev, destaca considerablemente Feodor Dostoievsky, entre cuyas obras principales se encuentran Memorias de la casa de los muertos, Crimen y Castigo, Los hermanos Karamazov, Rebajados y Humillados, El eterno marido, Los endemoniados, Stepanchikovo y Un adolescente. Estas novelas, modelo de análisis psicológico, si bien pesimistas y un tanto cargadas de pormenores, se mueven en un ambiente morboso de pasiones. Dostoievski publicó, además, interesantes artículos de crítica literaria y social, entre los cuales merecen citarse El misterio de la gran ciudad. Ni Ascharumov, en su Novela de intriga; ni Mijailov, en su Pan y teatros; ni P.D. Boborykin; ni N. Garin, en Los colegiales y Los estudiantes; ni los hermanos Basilio y Vladimiro Namirovich-Dánchenko pueden rivalizar con Turgueniev y Dostoievsky. En cambio, en opinión de muchos críticos, sobrepuja a todos, por la fuerza creadora y la expresión magistral, el conde León Tols

toi, que ha cultivado todos los géneros. Así, en Ana Karenina hace novela de familia; en La guerra y la paz, bocetos históricos, y en Niñez, recuerdos autobiográficos. Sus cuentos son verdaderas obras maestras de fama mundial, mereciendo citarse El mujik Pajom, Los cosacos; Dos húsares; La sonata a Kreutzer; Amo y siervo y El café de Surate. En la crítica religiosa, política, social y literaria produjo Tolstoi opúsculos tan célebres como Placeres viciosos; ¿Qué hacer?; Exposición breve de los Evangelios; La escuela de Yasnaia Poliana y Nie Ubi (no matarás). Las ideas expuestas en estos opúsculos se desarrollan más ampliamente en novelas como Resurrección y dramas como El cadáver viviente, La fuerza de las tinieblas y La luz se alumbra en las tinieblas.

Con A. Ortel, J. Salov y Manin se sigue cultivando la novela de costumbres populares. Nadedja Shroshinskaia se ha distinguido asimismo como novelista con el seudónimo de V. Krestovski, mereciendo citarse entre sus obras las tituladas El encuentro y El barítono. No pueden olvidarse tampoco en el género narrativo a Olga Schapir, Dmitrieva y María Krestovskaia. En la poesía lírica debe citarse a Iván Turgueniev y sus admirables Poemas en prosa y a Iván Aksekov. En el género dramático se revelaron como autores de primer orden A. N. Ostrovski, en la comedia y drama de costumbres; Suchovo Kobylín, N.J. Soloviev y también Iván Turgueniev, que adaptó al ruso el tipo escénico francés de los proverbios. De favor peculiar gozó a mediados del siglo XIX el drama histórico, en el que se distinguió asimismo Ostrovski, cuyas Crónicas dramáticas. También debe mencionarse a Alejo Tolstoi, con su Don Juan, su Trilogía y su Muerte de Iván el Terrible. Maikov, en sus dramas Tres muertos y Dos mundos se dio a conocer como profundo pensador y gran poeta. A.J. Palm V.A. Krylov (con el seudónimo de Alexandrov) y O.V. Averkiev se mostraron autores de ingenio en el teatro moscovita.

Es típico en la segunda mitad del siglo XIX un interés de ilustración que se manifestó en numerosas traducciones. Ya con Lomonosov habían comenzado las de los poetas épicos antiguos y del Renacimiento italiano, siguiéndole en esta senda Ilkinsky, Popovski, Valtscakow, Rosicky y Jelacilin, y desde 1948, principalmente, una escuela de traductores que a la vez se demostraron brillantes estilistas. Entre ellos se encuentran Podchivalov; Goeditch, con sus versiones del Rey Lear y la Iliada; Sanoumov, con la de Schiller; Feth, quien dio a conocer los clásicos latinos y el Fausto de Goethe; Pleshéev, A.A. Sokolovsky, Jurgev,



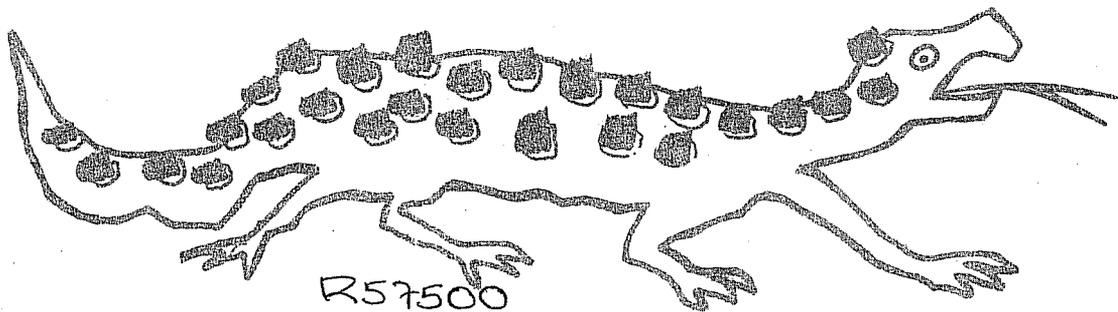
Weinberg, el príncipe Constantino, Min, Mijailov y Mijailovsky. Las ideas revolucionarias, que desde Francia y Alemania ganaran adeptos en la literatura rusa, acabaron por dominarla. Su influencia déjase sentir poderosamente en la obra del fecundo escritor Antón Chejov, que en sus novelas Mi vida, El duelo, La estepa, Tres años y El camarero se mostró demoledor. En cuanto a su forma, denota el influjo del naturalismo francés por la pasión del detalle y la crudeza de las descripciones. Sus cualidades se demuestran mejor aún en las narraciones cortas, como La dama del perrito; El monje negro; Amor; El consejero privado; Arianda; En el arroyo y El saltamontes. Sus dramas y comedias, universalmente conocidos, suscitaron originalmente apasionadas polémicas por su novedad y originalidad. Modelo de este género son El oso; Los tres hermanos; La gaviota; El jardín de las cerezas y Tío Venia. Más revolucionario que Chejov se reveló Alejo Maksimovich Pieskov, más conocido por el seudónimo de Máximo Gorki. El ambiente de sus obras y el carácter de sus personajes reflejan fielmente la miseria del pueblo ruso. Entre sus narraciones merecen citarse El viejo Jsergil; Mi compañero de viaje; Malva; Jemelgan Pilai; Caín y Artemio; El vagabundo; Historia de un criminal; Konovalov y El abuelo Archip. No puede olvidarse tampoco a V. Korolenko, que en sus Novelas siberianas y sus demás obras, como El mar; El músico ciego y En mala compañía se ha acreditado como un brillante estilista. Debe mencionarse también A S. Petrov, más conocido por su seudónimo de Skitalec, y a M. Arzybashev, con sus Sanin y Cerca de la última raya. Una personalidad más vigorosa se reveló con Alejandro Kurprin, que en sus novelas Un duelo y La fosa, así como en sus cuentos El brazalete de rubíes y otros, estudió a fondo la psicología morbosa. Vladislao Sierojevsky, en su novela La fuga, relatando la vida siberiana, alcanzó un éxito inmenso y una justificada fama. Lo propio puede decirse de Srgneev Zensky y de Osip Dymov, Valerio Briusov y Feodor Sologub. Ninguno de ellos, empero, ha gozado del renombre de Demetrio Merejkovskii, como lo prueban sus novelas históricas Leonardo de Vinci; Juliano el Apóstata, y El zar Pablo y el zarevich Alejo. La autora más conocida de esta época ha sido Zenaída Hippus Merehóuskaia, sueca de origen, cuyas novelas psicológicas, como Negro sobre blanco, son modelo dentro del género. En poesía debe mencionarse a Constantín Balmont, autor lírico inspirado y erudito traductor de clásicos ingleses y españoles. Igualmente importa citar a V. Briusov, K. Sluchevsky y Mirra Lojvitzkaia. El drama ruso moderno empieza inspirándose casi exclusivamente en temas de la vida nacional, huyendo de imitaciones francesas y alemanas. Máximo Gorki, en El pequeño ciudadano y Desde el fondo de la vida, se dedicó a la crítica social, mientras Leónida Andreiv manifestó tendencias simbolistas. Estas se descubren en sus diversas obras dramáticas, como A las estrellas, Sava, La vida humana y Tinieblas. Entre las primeras creaciones del moderno teatro ruso figuran las de Eugenio Chirikov, como Judíos y Labriegos; las de Simeón Juskevich, como Hombre y Rey; las de Naidénov, como Los niños de Vaniushin y El casero; las de Kosorotov, como Tormentas de juventud; las de Osip Dymov, como Nju, y las de B. Protopopov, como Fuera de la vida. No existe género literario teatral que no haya tenido sus adeptos y cultivadores en Rusia. Así, Briusov ha elegido el drama fantástico en La tierra; Sologub, el alegórico en Las

Danzas nocturnas; y Balmont el filosófico en La eflorescencia.

El teatro expresó las ideas reinantes antes de la guerra de 1915-1918 en los dramas de Leónidas Andreiv, como el Gaudeamus; de V. Kolishko, como En el campo de batalla; de E. Karpov, como Una personalidad ligera; de Máximo Gorki, como El extravagante; de Simeón Jusckevich, como la Comedia del amor y de E. Inosko-Bvrovski, como El crucero Almas. Lo propio cabe decir de las novelas, como La hermana de la Cruz, de A. Remisov; En la última frontera, de N. Artybachev y Este y Oeste, de Andrés Bielij.

Uno de los nombres más conocidos de comienzos de este siglo es Ivan Bunin, Premio Nóbel en 1933. Sus novelas y cuentos, como Un ruso en San Francisco; Natalia; En Java y Una aldea, se distinguen por su enorme sensibilidad. Como humorista notable se destaca A. Averchenko, cuyas producciones son, generalmente, cuentos donde la fantasía irónica campea libremente dentro de los más variados asuntos. Tal ocurre en Ladrones; El desconocido; Cinco elefantes; Una cifra difícil; El paisaje; La dama del restaurante. En ocasiones el genio festivo del narrador adquiere aspectos lúgubres, como Una noche de Navidad y El abogado. El humorismo de Averchenko difiere bastante del de Meschejerski, Garshin, Arzybashev y otros cuentistas inspirándose más bien en los modelos británicos y franceses del siglo XIX, como Thackeray, Dickens y A. Daudet.

La literatura rusa del siglo XX ha estado marcada en sus inicios por la conmoción causada por la II Guerra Mundial y, sobre todo, por la revolución de 1917. La necesidad de consolidación del régimen soviético se expresa ideológicamente en un endurecimiento progresivo frente al libre juego de ideas. Este endurecimiento se inicia ya bajo la dirección de Lenin, pero alcanza su punto culminante durante la dictadura de Stalin. Así, el 14 de agosto de 1946, el Comité central del Partido Comunista tomaba una resolución cuyos efectos durarían hasta seis años después de la muerte de Stalin. La resolución atacaba a todos aquellos autores en cuyo pensamiento se pretendía encontrar los más mínimos resabios de espíritu "burgués", pero se cebaba principalmente contra dos nombres concretos: Mijail Zoschenko y Anna Ajmatova. La obra de Zoschenko, cuyas Aventuras de un mozo fue interpretada como una sátira contra el régimen soviético, fue calificada como "vulgar", "antinacional", "inmoral" y "profundamente ajena al espíritu y al carácter de la literatura soviética". En cuanto a la Ajmatova, se la atacó como "típica representante de la lírica sin contenido, sin ideas, extraña al pueblo". Andrei Zhdánov, coordinador del ataque, la consideró un "cruce de monja y ramera". El directorium de la sociedad de Escritores soviéticos, del cual fueron excluidos, acusó a Zoschenko y Ajmatova de "espíritu antisoviético de sumisión esclava a la cultura burguesa occidental". Al mismo tiempo, Zhdánov dirigía, en nombre del "realismo socialista", un enconado ataque contra casi la totalidad de la literatura occidental, bajo cuyo blanco quedaban comprendidos los nombres de Proust, Joyce, Kafka, Sartre, Camus, Mauriac, Romain, Malraux...



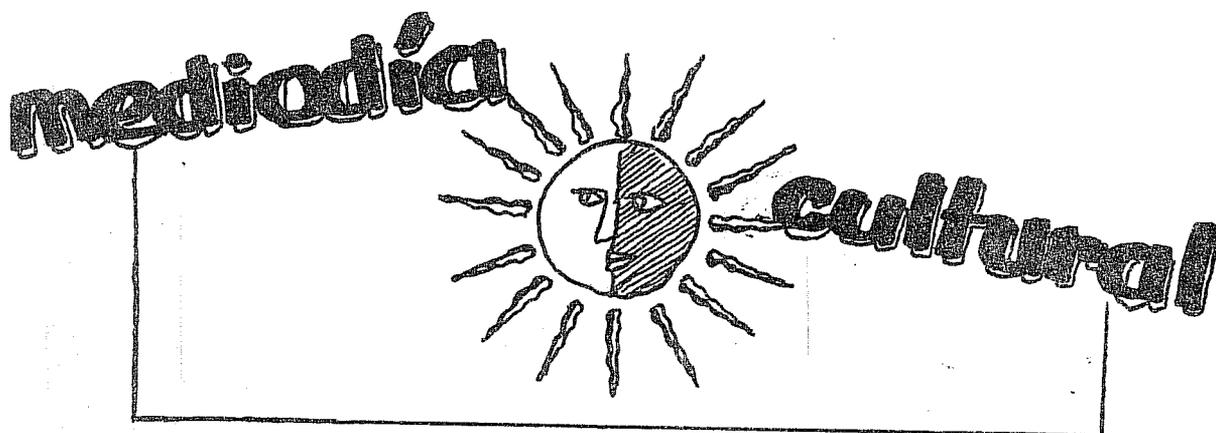
R57500

La Ajmatova se "reivindicó" en 1950 con un ciclo poético en que alababa a Stalin y la ofensiva de paz propuesta por éste a propósito del Congreso de la Paz de Estocolmo, aunque se hizo público prontamente el objetivo profundo de aquel ciclo poético: a cambio de éste, Anna Ajmatova conseguía la libertad de su hijo Lev Gumilev, enviado en 1945 a un campo de concentración...

Pero el deshielo masivo contra la libre expresión artística no empezaría sino hasta 1956, con el discurso de Jruschev ante el 20 Congreso del Partido Comunista. El inicio de la desestalinización coincidió con la introducción de Kafka, la presentación de Ionesco y la proyección de películas de Fellini.

Si bien no puede decirse que no exista ya conflictividad en el panorama de la literatura rusa de las últimas tres décadas, como tampoco puede negarse la existencia de un movimiento de disidencia más o menos considerable, la literatura soviética ha ocupado definitivamente un puesto relevante y estable en el ámbito de la literatura mundial, a lo cual han contribuido considerablemente nombres como los de Pasternak (Premio Nóbel de 1958), Sholojov (Premio Nóbel de 1965) y Alexander Soljenitsin (Premio Nóbel de 1970).

C. d.



Introducción

La poesía, hemos dicho en otras ocasiones, es realidad convertida en palabras. La realidad del lenguaje poético es la concreción de un proceso: el proceso de CONTEMPLAR y RE-CREAR lo natural, lo psicológico y lo social, en tantos ROSTROS o REGIONES de la realidad vital.

Hemos dicho, también, que todo poeta tiene una PROFESION CONTEMPLATIVA, es decir, una particular inclinación a contemplar y a recrear determinado rostro de la realidad y, dentro de él, determinados problemas y procesos.

Es el carácter multifacético de la realidad y la diversidad de propensiones contemplativas en los poetas, lo que hace que la expresión poética se ofrezca como un amplio abanico de posibilidades y de realizaciones en el plano de los contenidos. Es el uso particular de los signos de la lengua, lo que hace que la expresión poética se ofrezca como un amplio abanico de posibilidades y de realizaciones en el plano de la forma.